

reina no se cesase un punto en llevar adelante los preparativos comenzados.

Zarpó en fin la armada de Lisboa en 9 de junio de 1588, formada en varias divisiones ó escuadras como entonces se decia. Mandaba en persona la primera el marqués de Medinasidonia compuesta de diez galeones y dos sabras. La segunda de Castilla, Diego Flores de Valdés, de catorce navíos y dos pataches; la tercera de Andalucía, Pedro Valdés, de diez navíos; Juan Martinez de Recalde, la cuarta de Vizcaya, de diez navíos y cuatro pataches; Miguel de Oquendo, la quinta de Guipúzcoa, de diez navíos y cuatro pataches; Martin Bertendona, la sexta de Italia, de diez navíos. Mandaba la llamada de las Urcas en número de veinte y tres, Juan Gomez de Medina, y las de las galeazas, que eran veinte y dos, don Antonio de Mendoza.

Navegó la armada con buen viento observando el mayor orden hasta el cabo de Finisterre, donde habiendo sobrevenido una tempestad, se averiaron muchos buques y se dispersaron otros, habiéndose visto obligado el duque de Medinasidonia á arribar á la Coruña para reparar la escuadra. Allí se le reunieron los buques dispersados, se rehabilitaron los que habian sufrido de la tempestad, y reforzó con la guarnicion de la plaza, dejando en ella los enfermos y los que por otros motivos no podian continuar el viaje. Reparado de esta suerte continuó su rumbo, y sin experimentar contratiempo llegó con su escuadra á la entrada de lo que se llama el canal de la Mancha ó de Inglaterra.

Sabedor por su parte el lord Howard de la salida de la armada, se hizo á la mar con algunos de sus buques, no para buscar á los españoles y trabar combate, sino para observar sus movimientos y cerciorarse de su fuerza. No pudo conseguir su objeto por el recio viento que le soplabá por la proa favorable á los buques españoles, por lo que tuvo que volverse al puerto, reduciéndose su observacion á la de las costas. Mientras tanto seguia

su rumbo nuestra armada ya dentro del canal, dirigiéndose al paso del Calais segun las instrucciones que el general en jefe habia recibido del monarca. Quería Felipe II que pasando el estrecho se pusiese su escuadra á vista de Dunquerque y Newport para tomar allí las tropas del duque de Parma, dirigiéndose despues el todo de la fuerza ó bien á la boca del Támesis ó á cualquier otro punto de la costa inglesa que pudiese ofrecer un fácil desembarco, suponiendo siempre que las fuerzas navales de Isabel serian fácilmente arrolladas por la armada. Eran las intensiones del duque de Medinasidonia atenerse en un todo á las órdenes del rey; mas en el consejo de guerra donde las puso de patente fueron algunos de opinion, que hallándose la escuadra inglesa en el puerto de Plymouth, no debia pasar adelante dejándola á la espalda. De esta misma opinion fué Juan Martinez de Recalde, segundo del duque, haciéndole ver que en nada se opondria á las órdenes del rey, derrotando con anticipacion la escuadra inglesa. Se obstinó el general español en su primera determinacion, y cometió la grave falta de pasar de largo dejando á la izquierda la escuadra de Inglaterra, mas tuvo la precaucion de caminar en orden de batalla por si los enemigos le atacaban. Formó para eso la armada su línea en forma de media luna, habiéndose encargado la derecha á Pedro Valdés, capitan de los navíos de Andalucía, la izquierda á Miguel de Oquendo, y el centro, donde se colocó el general en jefe, dió el mando de la capitana á Diego Flores de Valdés, encargando la retaguardia al teniente Recalde, que seguia á cierto trecho del resto de la armada. Todos los historiadores hacen descripciones magnificas del espectáculo grande y vistoso que ofrecia una escuadra de aquella especie, nunca vista en dichos mares. Es verdaderamente un hecho que jamás habian navegado en ellos buques tan crecidos, mas el de mayor porte no llegaba sin duda al de nuestras fragatas actuales de menos dimensiones.

Al ver los ingleses que los españoles pasaban tan de largo, contra lo que se habian imaginado, se atrevieron á salir en busca de los que al parecer los despreciaban. Con esto se presentaron al combate que los primeros rehusaron, aunque por la diferencia del número y porte de los buques de una y otra armada no pudo empeñarse de un modo decisivo. Estaba á favor de los españoles el mayor porte de sus buques; si bien estas máquinas pesadas y mal construidas no podian gobernarse con toda la destreza y maestría que asistian á los ingleses, mas diestros en la navegacion porque era su elemento necesario. Con sus buques pequeños, pero mas ligeros, escaramuceaban á los enemigos sin venir nunca á una distancia tal que pudiesen trabar con ellos un combate al arma blanca, pues los españoles intentaban trabarlos con garfios de hierro para venir mas fácilmente al abordaje. Así pelearon con sucesos varios el resto de aquel dia; teniendo los españoles bastantes motivos para convencerse de que sus buques tan crecidos no eran una segura garantía de victoria. Hubo en esta escaramuza ataques parciales de bajel donde se derramó bastante sangre, y se peleó con gran denuedo de una y otra parte. Se prendió fuego en la almiranta del capitán Oquendo, y costó gran trabajo impedir que no fuese totalmente presa de las llamas. Fué cogido el buque de Pedro Valdés por Drake y llevado á Plymouth con toda la tripulacion, en número de cuatrocientos hombres; presa importante por ir á bordo uno de los primeros contadores con cuarenta mil ducados pertenecientes á la armada. Tambien estuvo muy amenazado el buque de Recalde, quien fué socorrido á tiempo por don Alonso de Leiva. A la capitana misma donde estaba el duque dieron embestidas; mas llegaron á tiempo Gaspar Sosa, el mismo Leiva, el marqués de Peñafiel, Recalde, Mejía, Oquendo, trabándose con este motivo pelea de hombre á hombre en que se desplegó de una parte y otra mucha bizarría. Ninguna presa hicieron los españoles á los enemigos.

Se retiraron estos entonces y continuaron observando de lejos la armada española, que llegó á la isla Wight sin contratiempo. De allí hizo saber al duque de Parma su paradero, pidiéndole al mismo tiempo municiones de guerra que necesitaba. Salió de la isla siempre en direccion al paso de Calais, y despues del curso de muy pocas leguas, se encontró de frente con otra escuadra inglesa que venia de Londres para observar sus movimientos. Entre tanto se le acercaron mas por retaguardia los que venian del lado de Plymouth, y con este motivo se trabó entre unos y otros una escaramuza sin merecer otro nombre la refriega, pues los ingleses se sentian demasiado inferiores en fuerza para empeñar una batalla decisiva. A los buques españoles no podian ofender sino de lejos, temerosos de sus garfios de hierro con que trataban de trabar á los contrarios. Luchaban los primeros con las dificultades de un manejo poco pronto y expedito, y ademas no podian perseguir á los buques enemigos que se abrigaban en la costa pudiendo navegar con menos agua. Por otra parte, los ingleses no podian atacar de frente á buques que les ofrecian mayor número de piezas de artillería y de mucho mas calibre: pero con la mayor celeridad de los suyos y una destreza en la navegacion, introducian el desorden en los contrarios, haciéndoles ocuparse al mismo tiempo en rechazar ataques por puntos muy distintos.

Con esta variedad de sucesos se puso por entonces término al combate. Ciertos ya los ingleses de que los españoles no intentaban hacer su desembarco en aquellas playas meridionales de la isla, se retiraron dejando á la armada española proseguir su rumbo, con el cual llegó á la altura del puerto de Calais, donde dió fondo. Desde allí envió segundo mensaje el duque de Medinasidonia al de Parma, encargándole le mandase ademas de municiones, viveres, de que estaban muy escasos. Le encargó ademas que le indicase un punto donde pudiera recoger su armada que no estaba en aquel estre-

cho muy segura, y ademas que le enviase cuarenta ó cincuenta de las embarcaciones que él habia hecho construir y á que daban el nombre de Filipotas, para contrarestar á los buques chicos que usaban los ingleses. Respondió el de Parma en cuanto á puerto, que no podia designar ninguno, debiendo en esta parte el de Medinasidonia aconsejarse con las circunstancias como mas informado que él del porte y número de sus navios; que le enviaria los víveres y municiones que le eran necesarios; que nadie deseaba tanto como él embarcarse cuanto antes en la armada, y que lo ejecutaria inmediatamente que se le acercase y le quitase de delante el estorbo que le ponian las naves zelandesas y holandesas; que las barcas que él habia construido eran de transporte y solo para conducir sus tropas, y de ningun modo navios de combate.

Solo aguardaba, en efecto, el duque de Parma el que la armada se le aproximase para emprender la expedicion con un ejército de cerca de treinta mil hombres que mandaba. Todos los tenia dispuestos y preparados en los puntos de la costa, desde Ostende hasta Dunkerque. Porque no cayesen en manos de los enemigos los barcos que habia hecho construir en Amberes, en lugar de hacerles descender el Escalda, los habia hecho subir hasta Gante, conduciéndolos despues por medio de canales hasta los puntos ya indicados. Todo estaba listo. Los hombres, los caballos, la artillería, los víveres, las municiones, las barcas. No se aguardaba mas que la última señal de embarco, contando siempre con la aproximacion de la armada, cuando á los oidos del de Parma llegó la noticia de un desastre.

Se hallaba la armada surta cerca del puerto de Calais, sin que el duque de Medinasidonia hubiese decidido el punto á que deberia conducirla para proteger la salida del de Parma, pues las naves zelandesas y holandesas le estaban obstruyendo el paso. No era fácil, en efecto, que aquella escuadra encontrase puertos de bastante fondo

para buques tan crecidos, ni pudiese dar caza á los que siendo de mucho menos porte se abrigaban tan fácilmente en cualquier costa. Se vió bien por experiencia, que si hubo gran cuidado en construir buques grandes que impusiesen por su aspecto formidable, no se tuvieron presentes ni los mares donde iban á guerrear ni la clase de los buques que deberian de tener al frente. Por las costas de Flandes y Holanda hormigueaban los buques de los estados atentos á impedir la salida del de Parma: por las de Inglaterra estaban en continua vigilancia los ingleses. Se hallaba entre sus jefes, como ya sabemos, el famoso Drake, que tan formidable se habia hecho á los españoles, no solo por sus expediciones en nuestras posesiones de ultramar, sino por sus mismos desembarcos en varios puntos de la Península. Valiéndose éste de la obscuridad de la noche, salió en direccion de la armada con ocho buques viejos, embadurnados de breá y llenos de materias inflamables, á quienes puso fuego inmediatamente que los vió metidos dentro de la escuadra de los españoles. Se sorprendieron éstos con tan extraordinaria aparicion, y al daño material que hicieron los brulotes en los buques que se incendiaron, se siguió el desorden y la confusion que en todos se introdujo, levando algunos las anclas con precipitacion para huir del peligro, mientras otros participaron del incendio que quisieron apagar en los que ardian. Algunos que se habian hallado en el sitio de Amberes y sido testigos de los brulotes lanzados por la plaza, temieron una esplosion parecida á la antigua cuando se voló el puente construido por Farnesio, y con él mas de ochocientos de sus defensores. Con esta idea huyeron precipitadamente, mientras el general español, creyéndose atacado por la escuadra inglesa, no acertó á dar disposicion alguna que cortase los desórdenes de aquel conflicto. Este ataque no tuvo efecto, pues los ingleses trataron solo de esparcir la consternacion en los buques enemigos. No pocos de estos se incendiaron, algunos encallaron en la costa, otros fueron capturados,

habiéndose alejado demasiado del grueso de la armada.

No podia ser mas grave la situacion en que el duque de Medinasidonia se encontraba. Sin poder acercarse á las costas de Flandes, sin poder recibir las tropas de tierra detenidas por las naves holandesas, sin poder empeñar una batalla decisiva con la escuadra inglesa que solo queria empeñar escaramuzas, trató de dejar aquel fondeadero peligroso, y no queriendo internarse otra vez en el canal, tomó la resolucion de navegar hácia el norte y rodear, si era necesario, toda la isla de la Gran Bretaña. Algunos dicen que fué su primer proyecto retroceder por el canal. En los mismos momentos de zarpar ó cuando habia ya navegado algunas leguas, pues en esto no están conformes los historiadores, sobrevino una horrorosa tempestad que dispersó la armada, causando el naufragio de no pocos buques. Los que se salvaron del desastre continuaron su rumbo hácia el Norte por unos mares muy poco conocidos de la mayor parte de aquellos navegantes. A cada paso se iban perdiendo buques, unos que iban á pique por sus averias, otros cogidos por la escuadra inglesa que de cerca los seguia. Causa admiracion que no se aprovechase esta última de las grandes ventajas que le daban el conocimiento de aquellos mares y el estado de desorden con que navegaba nuestra armada. Sin duda hubo flojedad ó mala inteligencia entre sus diversos jefes, mas tambien se debe tomar en cuenta el atraso en que se hallaba todavía el arte de la navegacion tanto en unos como en otros. En cuanto á los nuestros, continuaron su rumbo del mejor modo que pudieron. Hubo mas pérdidas de buques al paso de las islas Orcadas en el Setentrion de Escocia. Continuaron las mismas pérdidas en las Hébridas, situadas en los mismos parajes mas hácia el poniente. Otros diez buques perecieron en las costas de Irlanda. Al fin, despues de mil desastres, llegó el duque de Medinasidonia á las costas de Cantabria con los restos, y estos destrozados, de una armada que pocos meses antes se habia presenta-

do como la señora de los mares. Desembarcó el duque en Santander; Oquendo en San Sebastian, y Juan Martinez de Recalde en la Coruña, donde se hallaban preparados veinte y cinco buques para reforzar la armada. Se dice que de los ciento treinta y cinco bajeles, no contando los de carga de que se componia, perecieron mas de la tercera parte, y que de los veinte y ocho ó veinte y nueve mil hombres se echaron menos cerca de doce mil, unos náufragos, otros cogidos prisioneros, otros muertos á manos de la enfermedad y de la miseria.

Tal fué el triste fin de una expedicion cuyos preparativos duraron tres años y costaron á Felipe II inmensas sumas. La fama que habia esparcido por el mundo la noticia de aquel armamento formidable, trasmitió ahora con no menos rapidez las calamidades y desastres que fueron su solo resultado. Es opinion vulgarmente recibida en España, que solo las tempestades fueron la causa de las desgracias y descalabros de la armada de Felipe. Mas el hecho es que antes de sobrevenir la tempestad, no habia conseguido ventaja alguna sobre la escuadra inglesa, habiendo experimentado al contrario algunas pérdidas: que por haber pensado mas en construir bajeles grandes que en el estado de las costas de Flandes, no pudieron tomar en ellos puerto alguno: que entre el duque de Parma y entre el de Medinasidonia mediaban los navios zelandeses y holandeses experimentados en aquellas costas, y adaptados á sus fondos bajos: que se hizo imposible la comunicacion entre las fuerzas de una y otra parte, y que con los veinte y ocho mil hombres que se hallaban en la armada, hubiese sido gran temeridad hacer desembarcos en Inglaterra, tan bien preparada á recibir las tropas extranjeras. Aun con la reunion de las preparadas por Farnesio hubiese sido muy aventurado querer apoderarse á viva fuerza de un pais donde reinaba un espíritu nacional y un odio á la invasion española, capaces de oponer en todas partes medios de una invencible resistencia. Amaba la Inglaterra á su reina, y prescindiendo de mil motivos

de nacionalidad, mediaban los intereses de la religion protestante, á cuya ruina aspiraban abiertamente tanto Felipe II como los demas principes católicos que aplaudian su empresa.

El desastre fué muy grande y la defraudacion de las esperanzas, al parecer tan justamente concebidas, debió infundir sumo desaliento en los que de expedicion tan calamitosa regresaban. No podian echarse nada en cara por lo que toca al valor, á la resignacion y á la constancia que en aquellos conflictos desplegaron. Mas volvian á su pais rotos y destrozados, si no se les podia dar el nombre de vencidos. Estaba el duque de Medinasidonia abatido y receloso de presentarse ante la vista de Felipe; se hallaba ya cubierta la nacion con el luto por tantas pérdidas causadas; mientras el rey de España ignoraba todavía el resultado de la expedicion, los desastres de una armada que tanto dinero y tantos afanes le habia costado. Por fin, llegó un correo á la córte con fatales nuevas que el duque de Medinasidonia remitia. Nadie se atrevia á introducir el mensajero en el despacho del rey, hasta que se encargó de esta comision Cristóbal de Mora, uno de los de su cámara. Cuentan que estaba el rey á la sazón solo en su cuarto escribiendo cartas, una de sus ocupaciones favoritas. Recibió al mensajero con su seriedad acostumbrada, y despues de leer el fatal pliego que le circunstanciaba la derrota, aseguran que dijo: «doy gracias de corazon á la Divina Magestad, por cuya mano liberal me veo con bastantes medios todavía para sacar al mar otra armada, cuando lo considere necesario. No juzgo que importe mucho el que nos quiten la corriente del agua mientras permanezca salva la fuente que la producía.» Concluidas estas cortas razones volvió á coger la pluma y continuó escribiendo con aspecto y ademan de un hombre que acaba de recibir una noticia indiferente, dejando atónitos al cortesano y al correo. No se puede garantizar semejante anécdota forjándose tantas, sobre todo en semejantes casos. Mas todos convienen en que Felipe II,

recibió la noticia con su misma serenidad y templanza acostumbrada cuando le llegaban otras favorables; que no se mostró ni consternado, ni abatido, que mandó dar gracias á Dios por haber tenido la bondad de conservar parte de la escuadra, y que mandó tomar disposiciones y distribuir cuantiosos donativos para la cura de los enfermos y heridos, premios á los que mas se habian distinguido, é indemnizaciones por los perjuicios padecidos. El duque de Medinasidonia, que tanto recelo tenia de presentarse delante del monarca, fué recibido sin ninguna demostracion de desagrado.

Se celebró en Inglaterra, como era natural, un desastre que de tan graves peligros la habia libertado. Se presentó la reina Isabel rodeada de su córte, de los principales personajes, de las cámaras del parlamento, en la catedral de San Pablo, á dar gracias á Dios por el triunfo y victoria de sus armas. Se manifestaron como en procesion de triunfo las banderas, cañones, armas y demas despojos cogidos á los enemigos, y con el mismo aparato fueron conducidos á la torre de Lóndres, donde todavía se conservan. Resonaron en Lóndres aclamaciones á la reina por tan feliz motivo, y con toda suerte de festejos públicos se celebró la derrota de los extranjeros que de una invasion al pais habian amenazado.

El año siguiente de 1589 se preparó una expedicion en Inglaterra contra Portugal, con objeto de restablecer en aquel reino á don Antonio. Se comprometió la reina á suministrarle ciento y veinte navios, con veinte mil hombres y tres mil marineros; obligándose don Antonio á ser reconocido en Portugal á los ocho dias de desembarcar, y que entonces pagaria á la reina por sus adelantos cinco millones de oro y trescientos mil escudos anualmente, quedándole á mas el derecho de aprontar armadas en Lisboa cuando lo juzgase necesario. Se nombró general de mar á Drake, y al coronel Norris jefe de las tropas de desembarco. Se aprontaron en efecto los veinte mil hombres; mas los buques fueron muchos menos,

siendo tambien escasos los víveres y las municiones. En el mar se encontraron con unos buques anseáticos que apresaron para tener este aumento de escuadra; mas si consiguieron así llevar su gente mas desahogada no adquirieron nuevos víveres y municiones que les eran necesarios. No se arredraron, sin embargo, con este inconveniente, y siguieron impávidos su marcha. Iban destinados como hemos dicho á Portugal; mas habiendo sabido en el camino que se preparaba en la Coruña una expedicion contra Inglaterra ó tal vez con otro motivo, se acercaron á las costas de Galicia. Entraron sin obstáculo en la bahía de la Coruña, donde se hallaba á la sazón el almirante Recalde, y quemaron varios buques españoles. En seguida desembarcó la tropa en la costa inmediata, y despues de haber derrotado un cuerpo de tropas que les salieron al encuentro, pusieron sitio á la Coruña, donde se hallaban como unos setecientos hombres divididos en siete compañías. Sin grande dificultad tomaron por asalto la parte baja de la poblacion ó pescadería, que entraron á saqueo. En el ataque de la alta, que es la verdadera plaza, encontraron una fuerte resistencia, habiéndose puesto á la cabeza de las tropas su gobernador el marqués de Cerralvo, quien hizo jugar la artillería. Los vecinos tomaron parte en la defensa. Todavía recuerdan con satisfaccion los habitantes de aquel pais el nombre María Fernandez Pita, mujer esforzada que animaba á las otras con su ejemplo, y que mató con una pica á un alferes inglés que subia con una bandera en la mano cuando el primer asalto de los enemigos. Otros dos dieron en que se les rechazó con la misma valentía. Tambien recurrieron á la mina, y aunque la primera voladura fué de poco efecto, la llevaron mas adelante donde la esplosion echó abajo una especie de baluarte; mas los nuestros que estaban preparados para aquel estrago rechazaron el asalto, que los enemigos dieron formando tres columnas. Al mismo tiempo atacaron al castillo de San Anton donde no tuvieron mejor éxito. Vol-

vieron á asaltar escogiendo otro paraje mas dátil, y fueron igualmente desgraciados. Tambien adoptaron el expediente de poner fuego á la ciudad; mas los soldados y los habitantes todos, cuyo valor no puede encarecerse lo bastante, lograron apagarle. En fin, despues de 12 dias de sitio en que los sitiados se negaron á toda capitulacion, se retiraron los ingleses. Y despues de destruir y saquear cuanto se les vino á las manos, se embarcaron tomando el rumbo de Lisboa.

Mientras tanto sabedor el rey de la expedicion de los ingleses, habia dispuesto la formacion de un ejército cuyo mando se confió á don Fernando de Toledo, nombrándose maestro general á don Francisco Bobadilla. Se dió el cargo de la caballería á don Alfonso de Vargas, y se le mandó tomar inmediatamente el camino de Lisboa. Al mismo tiempo se ponian en estado de defensa las costas de Granada y Andalucía, y se armaban galeras para ir á reunirse con las de Lisboa.

Por su parte el archiduque Alberto, virey de Portugal, habia tomado sus medidas para recibir á los ingleses. Le auxiliaban el conde de Fuentes y el marqués de Portoalegre, reuniendo cuantas fuerzas se encontraron disponibles. Don Alonso de Vargas no habia llegado todavía; mas no faltó con qué guarnecer bien á Lisboa y ponerla al abrigo de un golpe de mano, que era lo esencial en aquellos criticos momentos.

Se reducía el problema de la expedicion de don Antonio á si se levantaria ó no el pais á su favor con la noticia de su desembarco.

A mediados de junio llegó á Peniche, cuya guarnicion abandonó la plaza, retirándose á Torres-Vedras. Los ingleses desembarcaron en seguida, y quedándose en este punto don Antonio con dos mil hombres se puso en marcha Norris al frente de diez mil, y llegó á Torres-Vedras, donde se entró sin dificultad, proclamando en seguida á don Antonio. Drake se situó cerca de Cascaes para entrarse por el Tajo cuando fuese necesario.

Avanzó Norris hácia Lisboa. El archiduque, determinado á resistirse, mandó quemar todos los almacenes fuera de muros, y se preparó dentro para sostener un sitio si fuese necesario. Trató de asegurar las personas que pasaban por mas adictas á don Antonio, mientras las que habian seguido la parcialidad del rey y los españoles residentes en Lisboa, temian la vuelta al poder, del prior que estaba á las puertas. Hubo en la capital momentos de mucha confusion, mas ningun pronunciamiento en favor del príncipe proscripto.

Siguió Norris avanzando poco á poco, y entró en los arrabales de la capital, que puso á saco; para tomar á viva fuerza la ciudad no tenia medios, pues aquella guarnicion crecia y el archiduque preparaba activamente su defensa.

El pais estaba quieto. Ni las proclamas de don Antonio ni las cartas que escribió á sus numerosos partidarios producian el menor efecto. El duque de Braganza se presentó en Lisboa con cien infantes y cien caballos, poniéndose á disposicion del archiduque. Pocos dias despues llegó don Alonso de Vargas con su gente. Al mismo tiempo entró en la capital otro refuerzo de seiscientos hombres de Entre-Duero y Miño; de modo que el archiduque tenia ya medios de mandar hacer salidas. Asi se hizo en efecto por dos veces, mas sin fruto por una y otra parte al fin de una hora de refriega.

Viendo el coronel inglés que nadie en Lisboa se movia á favor de don Antonio, que el pais estaba quieto, y que seria inútil intentar un ataque á viva fuerza sobre una plaza dispuesta á resistirle, levantó sus reales y se movió camino de Cascaes, á donde llegó sin obstáculo, á pesar de que el conde de Fuentes trató de picar su retaguardia. Con Drake, surto en aquel puerto, concertó la vuelta de la expedicion á Inglaterra, y aunque don Antonio se oponia, fué preciso hacerlo asi, pues Drake no habia sido mas feliz por mar que el coronel en tierra. Por otra parte carecian de víveres, y los buques se hallaban

medio infestados; tan grande era el número de los enfermos. La expedicion levó anclas y tomó la vuelta de Inglaterra, á donde llegó poco mas de la mitad de los buques y la gente que con la vana esperanza de un gran botin se habia embarcado sin saber apenas el objeto de la empresa.

## CAPITULO LXII.

Asuntos de los Países-Bajos despues del descalabro de la armada.--Sitio de Berg-op-zoom.--Repulsa.--Siguen las operaciones con poca actividad.--Toma de varias plazas.--Entran los españoles en Bimberg y Gertruidenberg.--Recupera el príncipe Mauricio á Ereda (1).

1588—1590.

FUE testigo el duque de Parma del descalabro de la armada española sin poder dar paso alguno en su socorro. Aguardando con sus tropas listas el momento favorable de pasarlas á su bordo, vió destruidos todos sus trabajos para aprestar un armamento que iba á producirle tanta gloria. A esta mortificacion tan natural en un hombre de su temple y sentimientos, se agregaba el disgusto de saber que se le atribuia una gran parte del malogro de la empresa. Decian sus émulos, que á presentarse prontamente con sus fuerzas de tierra á bordo de la armada, no se hubiese visto precisada á estar tantos dias delante del puerto de Calais, pudiéndose efectuar el desembarco en Inglaterra antes que sobreviniese la horrosa tempestad. No dejó de fomentar estos rumores el mismo duque de Medinasidonia, sucediendo en esto como en tantos casos desgraciados, que cada uno achaca á cul-

(1) Las mismas autoridades que en todos los capítulos relativos á los Países-Bajos.